



si uno
es bueno...
el otro
es
mejor!

SOLO
GARVEY
SUPERA A
GARVEY



GARVEY
BODEGAS DE SAN PATRICIO
JEREZ

LA CULTURA

El clero fue la «cenicienta» de este Concilio. Y, encima, nosotros los seglares, a veces, parece que queremos también luchar contra él.

Sin embargo el Vaticano II terminó por ocuparse de los sacerdotes, y aprobar dos esquemas que les incumben: el de la vida sacerdotal, y el de la formación del clero.

El esquema último es hoy de enormes consecuencias porque plantea el problema de base de los clérigos: el de su cultura.

La libertad religiosa resulta peligrosa, según algunos, porque dicen que no está preparada la gente. Pero, me pregunto yo, ¿por qué es esto así?

¿No es —como aseguraba el Obispo español Monseñor Fidel García— porque la masa vive en la ignorancia? Y, ¿de quién es —entonces— la culpa?

El clero debe ser nuestro educador ciertamente; pero si el educador no forma, porque carece de la preparación suficiente; ¿dónde queda su misión pedagógica de carácter religioso?

¿Por qué no nos dicen nada —o casi nada— los sermones que oímos? ¿Por qué el catecismo se aprende de memoria, y no le encontramos relación con la vida corriente que vivimos en la familia, la profesión o en nuestras lecturas? ¿Qué aprendemos con los textos religiosos del bachillerato? ¿Qué hacemos para acercarnos al mundo de la incredulidad actual? Nuestra cultura religiosa, ¿utiliza y asimila la cultura del mundo de hoy, la de la literatura, el teatro o la filosofía de nuestro tiempo?

El clero en gran parte —desgraciadamente— no está hoy bastante preparado para emprender eficientemente la tarea de educación que le incumbe. La instrucción recibida en los seminarios es inadecuada e ineficaz muchas veces: no conecta al clérigo con el mundo de hoy, porque la cultura eclesial que todavía se le da es de tipo escolástico, propia de otras épocas. Se le fuerza —de total buena fe— a aprenderla; pero no asimila con ella nada constructivo, que pueda servir a nuestro mundo, y cumplir sus necesidades religioso-culturales.

Pero, ¿tiene la culpa el clero mismo? ¿No son ellos la primera víctima de este ambiente a-científico en que se desenvuelve la formación profesional del clero? En una palabra: ¿sirven los centros de estudios eclesialísticos —seminarios, Universidades e Institutos superiores— para el fin cultural que debía alcanzarse en ellos?

Varios Obispos y Cardenales —y de los más autorizados— han planteado este problema —con lenguaje descarnado— en el Concilio. Y la asamblea universal de pastores católicos, ha tenido por fin en cuenta sus observaciones, pese a aquellos eclesialísticos que todavía piensan como a principios de este siglo, en la lucha a muerte que se enalzó contra la herejía «modernista». Les parece que la última palabra del magisterio «vivo» de la Iglesia está en Pío X o Pío XI.

¿No se darán cuenta de una vez que en este intervalo ha pasado la «meteórica» figura de Juan XXIII; y —a partir de ella— el salto que ha dado el cambio de mentalidad ha sido de siglos y no de años? Repasen tales clérigos los documentos sociales tan restrictivos de San Pío X contra «Le Sillon»; y compárenlos con la encíclica «Pacem in terris» de Juan XXIII, y con el discurso de Pablo VI sobre la democracia. Al compararlos, si son imparciales, comprenderán el **inaudito** avance producido en la mentalidad eclesialística en solo unos pocos años.

El mismo que ahora pedimos los seglares en la formación del clero; y que el Concilio nos autoriza a esperar, y que dentro de pocos años será un hecho.

A HUMANA DEL CLERO

Estos eternos contradictores de todo avance —a pesar de su evidente buena fe— son los fautores del alejamiento y apartamiento en que la Iglesia se halla dentro del mundo moderno. Son los responsables de esta situación de inflación religiosa exterior; y por otro lado de falta de convicciones religiosas personales en el hombre corriente.

Son los que convierten lo eventual y mudable en permanente; los que transforman las recomendaciones de la autoridad eclesiástica en obligaciones estrictas; y los que las obligaciones las convierten en pesadas cargas, insufribles a los hombres del siglo XX.

Son éstos los que no contentos con resolver los problemas de razón por vía de autoridad, quisieran hacernos aceptar de Santo Tomás lo bueno y lo malo. La filosofía —cumbre de toda autonomía racional sana— la pretenden desarrollar, a la fuerza de intervenciones autoritativas del magisterio eclesiástico.

No contentos con forzarnos a aceptar obligadamente la demostración racional de la existencia de Dios, por ejemplo, quisieran violentarnos a tener que aceptar las llamadas 5 vías racionales de Santo Tomás, ni una más ni una menos.

Olvidan que la Iglesia no quiere obligar a nadie a más de lo que es razonable; y que nunca pretendió la Santa Sede —ni siquiera en épocas anteriores— que se tuviera que aceptar, en la enseñanza que se da al clero, nada más que lo que era patrimonio común de todas las épocas cristianas, y no sistema concreto de un determinado autor. Si esto último hubiese sido —y de hecho desgraciadamente lo fue en muchos lugares— se hubiese matado toda iniciativa, y toda verdadera cultura. La Iglesia —dijo Benedicto XV— «en ninguna manera quiere que se restrinja la libertad de opinar en aquellas materias que se discutan entre católicos, y que son controvertibles». Es nuestra propia razón la que debe decidir de todo argumento racional concreto, y no la autoridad eclesiástica —cosa que parecen olvidar los eclesiásticos que se erigen en maestros de los demás, sin tener poder para ello, porque el Papa permite más de lo que ellos exigen—.

El P. Crisógono de Jesús O. C. D. fue uno de tantos filósofos —español independiente como el canónigo Amor Ruibal— que «han llegado a desconfiar de las famosas vías» tomistas, como dice el Padre Alberto de la Virgen del Carmen. Y quien noblemente escribió: «no satisfacen los clásicos argumentos o vías de Santo Tomás» (Revista de Espiritualidad, Abril 1945).

Así, con este abierto espíritu de investigación racional —y sólo así—, se hubiera educado bien a los futuros sacerdotes, y se hubiesen formado clérigos, adaptados al mundo de hoy. En el Seminario no se debían aprender sólo ideas abstractas, sino fomentar convicciones, y sobre todo, formar «el afán de investigar la verdad con todo rigor», de modo que los superiores «atiendan cuidadosamente a las relaciones entre la filosofía y los verdaderos problemas de la vida, y las dudas que conmueven las almas de los alumnos». Hay que «tener también en cuenta las investigaciones de los tiempos modernos...; y el progreso más reciente de las ciencias» (Decreto Conciliar sobre formación de sacerdotes).

En la educación del pensamiento eclesiástico hay que respetar la razón y la investigación; por eso «los que se empeñan en forzar a otros a que admitan sus propias opiniones, muestran que se han apartado de la verdadera humildad, y fácilmente faltan a la caridad» (Benedicto XV).

Incluso «en las ciencias sagradas se debería prestar una atención particular a la cuestión de la libre investigación» (Cardenal

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Léger, 18-XI-65. Documentation Catholique). «El magisterio no debía actuar con precipitación y desconfianza; sino, por el contrario, favoreciendo sobre todo la búsqueda» (Cardenal Léger, ídem).

Había que perder de una vez de vista la idolatría de las personas; «en la investigación filosófica... no hay que partir de una autoridad, sino partir de la búsqueda de lo real»; «en vez de imponer el sistema y la doctrina de Santo Tomás, que se le proponga a él como prototipo del investigador y del creador, en su conducta científica y espiritual» (Cardenal Léger, 14-XI-64. Documentation Catholique).

Y eso —ni más ni menos— es lo que ha hecho el esquema conciliar aprobado.

Desde ahora podemos esperar un diálogo duradero y prometedor de la Iglesia con la cultura actual. Ya no tendremos que lamentarnos, como el Cardenal Lercaro hizo el 4 de noviembre de 1964 en el Concilio: «¿Cómo se puede esperar un diálogo duradero y prometedor, si quienes hablan en nombre de la Iglesia —sacerdotes y fieles— están formados en un programa inactual?». Por eso afirmaba valientemente este Padre conciliar «no puedo dar el título de teólogo —en su sentido verdadero y fundamental— a los que disertan de una manera escolástica».

El Obispo italiano más en punta, ha sido el nuevo Arzobispo de Milán, a quien el Papa nombró hace bien pocos meses. En el Concilio tuvo una de las intervenciones más valientes y abiertas. El primero de octubre de 1965, dijo en el Vaticano II: «sin duda la autoridad tiene el derecho y el deber de velar con cuidado sobre los clérigos, en los cuales los errores son más peligrosos. Pero esto debe hacerlo respetando siempre la dignidad humana y con igual respeto para la libre investigación, que a todos debe reconocerse».

Y, a continuación, afirmó este prelado antiguo profesor de la Universidad de Turín: «tenemos que agradecer a la autoridad suprema de la Iglesia el haber evitado el mal temible de la herejía modernista; pero, ¿quién tendría el valor de afirmar que esta necesaria corrección se hiciera respetando siempre los derechos y la dignidad de la persona de los clérigos?». «Hubo un religioso obligado al exilio porque había expresado opiniones que hoy nos alegramos de leer en documentos pontificios, y conciliares; y todo el mundo sabe que este caso no es único».

Por eso terminaba su intervención conciliar añadiendo «si cada una supiera que le es permitido exponer su opinión con la sana libertad a la que tiene derecho, daría muestra de esta veracidad y sinceridad que debe brillar en la Iglesia; puesto que, obrando de otra manera, sería difícil evitar la peste abominable de la mentira y la hipocresía» (Documentation Catholique).

¿Puede ser esto lo que algunos pretenden con sus estrecheces de criterio?; ¿llegarán así —como quería ya Pío XII— a conseguir «la cultura literaria y científica... que no sea inferior a la de los seculares que asisten a cursos análogos de estudios?».

Los estudios eclesiásticos deben ser revisados urgente y profundamente, como quiere el Concilio en este decreto, superando todo anacronismo, que sería trágico para el futuro de la Iglesia mantenerlo tercamente, porque no haría sino alejar cada vez más y más al hombre actual de ella.